



FLOR DE NIEVE.

SUEÑO.

DE S. D.

CUANDO la tarde, tendiendo sus alas de colores hacía el Poniente, enviaba su postrer mirada á las chozas de la playa, una imagen blanca y vaporosa aparecía entre los árboles y se dirigía con paso incierto por entre las rocas, hasta sentir el beso de la mar en sus pies desnudos.

Era Estela.

Sentábase sobre la arena, y dejaba percibir las palpitations de su pensamiento en la dulce languidez de sus ojos azul de cielo; recogía sus manos sobre el finísimo cendal que envolvía su delicado cuerpo y de sus labios parecía exhalarse un suspiro, tal vez una plegaria.

¿Qué sentía aquella virgen angelical, sola en medio de aquella exuberante vegetacion que cubre las orillas del Océano sintiendo oscilar sobre el fulgor de sus cabellos las trémulas guirnaldas de la selva, recibiendo en sus pupilas las primeras caricias de las estrellas, y en sus pies el halago de la espuma rizada por la brisa?

¿Qué sentía su corazon bajo el aliento de fuego del sol en el Ocaso, que despertaba en sus ideas vagarosos ensueños, quizá una aspiracion tímida del amor?

Nada.

Estela no podía sentir nada.

Era la flor de nieve.

Flor de Nieve era el nombre que había recibido de sus amigas una noche que hizo delante de ellas el juramento de no pertenecer jamás á ningún hombre. Jugábase entonces «el Ramillete» preciosa diversion de sus

costeñas que exhalan en ella toda la fragancia de las almas, poniéndose los nombres de las flores, cuyo simbolismo saben de memoria. Pablo, que hacía tiempo suspiraba en vano por Estela, propuso melancólicamente que se llamara así, y su deseo fué aprobado por unanimidad. Si Pablo hubiera visto el extraño relámpago que inflamó la azul mirada de Estela, mucho habría pensado ántes de hacer esta proposicion.

Pablo y Estela habían crecido juntos. Divididas sus cabañas por una pequeña ensenada, atravesaban á nado aquellos niños ese espacio y se internaban al mar, como un par de garzas enamoradas. Muchas veces encontraban conchas perleras; al volver á la orilla comenzaban ese delicioso pasatiempo infantil que consiste en huir del flujo invasor y salir en seguida á su encuentro; cuando Estela se cansaba, Pablo la tomaba en los brazos, y loco de placer al sentir confundido su aliento con el de la niña, corría desalado por la playa hasta llegar á la cabaña de enfrente, en cuyo dintel la depositaba con precaucion como si fuera un vaso de cristal. Tomábanse las manos, resonaba un solo beso, y el firmamento de la noche caía sobre su felicidad para separarlos.

Los primeros rubores del cielo al entregarse á la aurora, los contemplaban ellos desde sus ventanas. Allí pasaban el tiempo envueltos en el fuego de sus miradas y en la luz de la mañana, hasta la hora en que Pablo salía á pescar en el bote de su anciano padre. Muy tierno aún, Pablo quedó huérfano y solo en el mundo; pero el trabajo de sus manos le dió comidad para vivir, y lugar para continuar sus diversiones diarias.

Sin embargo, poco á poco se vino á interponer entre sus juegos infantiles algo imprevisto, el crecimiento. Pablo llegó á sentir emociones extrañas al suspender el cuerpo de Estela, y Estela á palpar de rubor al encontrarse á solas con él. Tal vez no habría hecho caso de estas indiscreciones de la naturaleza, si varias amigas de Estela no le hubieran advertido la inconveniencia de tal abandono. Como sucede muchas veces, la malicia vino á colocar su importuna pantalla entre aquella alborada de que se habían compuesto dos almas. Algo como una franja de noche dividiendo la reverberacion del día. Entre sus hombros vieron sonreír al demonio irritante de la vergüenza; y maquinalmente se desenlazonaron, miráronse con sobresalto y se pusieron encendidos hasta el blanco de los ojos. Con todo, Pablo, ménos tímido, se atrevió á pedir temblando un beso á Estela; la niña tendió palideciendo su mejilla, y huyó en seguida como una exhalacion, dejando una huella de brasas en los lábios de Pablo.

Este se quedó largo tiempo inmóvil, y luego huyó.

Al otro día, por la mañana, en vano pasó dos largas horas en espera de Estela.

Al caer la tarde, volviendo de la pesca, la vió esconderse precipitada entre unos matorrales, y entró en su triste choza con el corazon oprimido.

Entónces pensó en que tenía diez y siete años, y Estela quince.

Y desde ese día, las poquísimas ocasiones que tuvo de encontrarse con su compañera, eran otros tantos martirios que ensangrentaban su alma. Estela se había vuelto de una extrema dureza para con él.

Expliquemos este cambio,

La última vez que su cariño fué consagrado por un beso, al entrar la jóven en su cabaña fué acogida por una gran carcajada. Una amiga la había visto; al mismo tiempo su cariñosa tía le dió algunos severos consejos. Sorprendida Estela, se avergonzó de su inocencia: el amor propio se despertó con tal impetu, que resolvió huir á toda costa de Pablo.

Naturalmente, no reflexionó en la importancia de esta resolución, inexperta en esas luchas sombrías del alma cuando el amor se encarniza contra los obstáculos; creyó que su virgen sentimiento podría someterse á una indiferencia prescrita por el disimulo; y en medio de los más atroces tormentos, que la hubieran matado si no hubiera tenido la seguridad de ser amada por Pablo, consiguió aparentar un olvido tan grande, que muchas veces la reprendieron sus compañeras por su crueldad con el pobre marinero, que sufría en silencio, pero que se moría visiblemente.

Una vez lanzada en esa vía, Estela no retrocedió un paso. La pendiente era muy inclinada, y llegó hasta el abismo: fingió desprecio.

Desde la noche del ramillete, Estela encontraba todas las mañanas en su ventana un *bouquet* de florecitas blancas, muy deslumbrantes, cuyas hojas parecían de hielo.

Aquellas flores le recordaban constantemente su nuevo nombre: Flor de Nieve.

A sus solas y á pesar de la fiereza con que procuraba engañarse á sí misma, Flor de Nieve sentía un remordimiento punzante que anegaba en lágrimas sus ojos. Entónces se ponía á mirar al sol, para hacerse creer que aquel llanto era ocasionado por la viveza de la luz.

¡Pobre niña!

¿Qué era Estela? Su nombre lo indicaba: una estrella-mujer. Sus ojos tenían el centelleo del astro, pero un centelleo tranquilo, húmedo, por decirlo así; cuando velaba aquella luz tras la seda de sus largas pestañas, había un eclipse.

Diríase que un paraíso se oscurecía. Entónces su rostro adquiría la inanimación escultural.

Colocada en pie en un paseo de Atenas, parecería un sueño de Praxiteles representando el Recogimiento. Sentada bajo las elegantes palmeras de nuestras playas, era una vestal que guardaba un fuego sagrado en lo más profundo de sus ilusiones. Pero cuando los párpados se entreabrían, dejando ver en un fondo de *no me olvides* la pureza angelical de los ojos, se asistía á la aparición temblorosa de los luceros cintilantes.

Y no se veía más que á ella.

Al rededor de Flor de Nieve, el mundo entero se desvanecía en un crepúsculo que hacía resaltar más su figura de ondina.

Flor de Nieve tenía en primer lugar, un perfume más dulce que el de la violeta, y en su triste semblante se reunían el color de la azucena para hacer pálida su frente, y el del clavel que se encendía en sus labios, al de la rosa que ruborizaba sus mejillas. Su cuello, algo inclinado, hacía con sus hombros y espaldas curvas soberbias ante las cuales se habría extasiado mil veces Hans Holbein.

Sobre aquel conjunto lleno de perfecciones, la gracia había sacudido su cabellera primaveral, y el candor vertía ligeramente la dulce timidez de la ignorancia.

¡Oh Estela! ¡cuántas veces las alas de tu canto fueron á susurrar á los oídos de Pablo en medio del silencio de la noche, y á derramar en sus ensueños el rocío de esmeraldas de la Esperanza!

Pues bien, poned sobre esa realización de un delirio de poeta una diadema de rizos de oro, mirad su pie desnudo confundirse entre las olas como una *concha de jazmín*, rodeada de todos los hechizos de los diez y seis años, vedla estremecerse súbitamente con una vaga sensación de placer bajo el estrecho abrazo de un pensamiento indefinido, y tendreis á Flor de Nieve, tal como estaba una melancólica tarde de Enero, medio recostada en la arena de la playa.

Ahora seguidme: vuelen nuestras miradas sobre la superficie del Océano, como esa barquilla cuyos remos gimen al caer sobre las aguas; suspendámoslas sobre ella como la parvada de alciones que se detienen en el espacio, y fijémosla en Pablo que se acerca á la ribera entre el rumor del terral, el susurro de la quilla y las espumas, y el triste son de su barcarola que va á murmurar á los oídos de Flor de Nieve estas palabras:

Tá que en las conchas del mar nacida
Eres la perla
Que busca ansioso mi corazón,
Al marinero vuelve la vida,
Deja que ufano corra á beberla
De tus mejillas en el candor.
¡Ay, que no puede cambiar mi suerte!
Mis barcarolas
Jamás conmueven tu corazón;
Si tu deseas, niña, mi muerte,
Duerme tranquila; pronto las olas
Serán la tumba de mi dolor.

Las olas se agitaban tumultuosamente, conmovidas por esa lectura.

A pesar de su cútis tostado por el sol, por el mar, y por las tempestades, Pablo era blanco tanto como Flor de Nieve, y sus negros ojos, llenos de esplendor y de ternura estaban rodeados por la huella de la aflicción.

Aquella humedad eterna de su mirada, hacía llorar á cuantos le veían. Un hundimiento parecía haberse efectuado en el alma del jóven; estaba colocado bajo ese vacío opresor, la duda, y el fuego de la fiebre que devoraba su corazón chispeaba en aquellos ojos con la languidez del mori-

bundo. La palidez de la desesperación se imprimía en su semblante, y sus labios se arrugaban imperceptiblemente en un ángulo de la boca con cierta expresión resignada.

Era una arrogante figura, de esas que sólo forman las bravías caricias del Océano: hijo del mar y de la borrasca, tenía en su andar algo de la grandeza del primero y de la fuerza de la segunda; aquel niño que mil veces, con riesgo de su vida, había salvado á infelices náufragos, y que se erguía como un león ante los hombres, bajaba la vista con timidez ante las mujeres; verdad es que todas las playeras le adoraban, y que quizá había entrado mucho despecho en las advertencias hechas á Flor de Nieve.

Cuando la barca tocó á la orilla, Pablo lleno de admiración, vió á la ingrata acostada indolentemente en la ribera y fingiendo dormir.

Detúvose un momento irresoluto; amarró su piragua á una roca y se dirigió lentamente á Flor de Nieve.

Las estrellas empezaron á mostrarse pálidas, curiosas de lo infinito.

Tomó aquella mano de marfil y la llevó á sus labios religiosamente. Flor de Nieve despertó sobresaltada, y mirándola con ira:

—Te había prohibido, le dijo, que te acercaras á mí.

—Estela, murmuró Pablo con acento solemne, yo me muero. . . . ¿Qué te he hecho? . . . Hasta hoy no he podido lograr hablarte seriamente. Yo estoy solo, y mi trabajo me da comodidades sobradas. Soy honrado, tú me quieres; no lo niegues porque yo no lo creería. . . . ¿Deseas mi desgracia? ¿Por qué no quieres ser mi esposa?

Parecióle que Flor de Nieve le tendía los brazos con amor, y que se iba á precipitar en ellos loco de alegría, cuando Flor de Nieve se desasíó violentamente de sus manos, lanzó una carcajada burlona y volviéndose á él, dejó caer con lentitud esta palabra:

—¡Jamás!

Pablo la escuchó como una sentencia de muerte, y mientras Flor de Nieve se alejaba cantando, tendió la vista empañada por la amargura, hacia el horizonte que se cubría de nubes negras y murmuró:

—¡Será preciso morir!

Flor de Nieve escuchó esta frase y se detuvo trémula. Parecióle que todos los árboles se indignaban contra ella y que un abismo horroroso se abría bajo sus pies. Dió un grito y cayó desmayada. El aliento húmedo del Norte que había empezado á soplar la volvió en sí; miró en derredor con espanto: el día se había dormido ya, y la luna aparecía de vez en cuando entre las nubes. El mar rugía sordamente.

Levantóse con precaución y marchó en puntillas á la choza de Pablo; la puerta estaba entreabierta; empujóla dulcemente, creyendo que el re-

chinar de los goznes despertaba á los habitantes de las chozas cercanas.

Pablo, envuelto en su capa, dormía un sueño agitado, y el nombre de Flor de Nieve se escapaba entrecortado de sus labios. No pudo más la niña, y se inclinó sobre el marinero llorando. Quiso llamarle, la voz le faltó, cayó de rodillas y una lágrima ardiente corrió desde sus ojos hasta los del jóven dormido.

Luego bajó el rostro con timidez, abrió los labios. . . . un beso. . . . ¡hacía un año que no tocaba aquellos labios idolatrados!

Incorporóse Pablo al sentir aquella impresion, dando apenas lugar á Flor de Nieve para ocultarse en la oscuridad. Un rayo de la luna entraba por una ventana, iluminando la noble frente del pescador.

—¡Era un sueño! murmuro el infeliz con abatimiento ¡será preciso morir!

Flor de Nieve temblaba.

Tomó Pablo sus remos pasando junto á la playera sin notarla, salió con un aspecto siniestro de la cabaña y se dirigió á la ribera, de donde desató su barca.

—Qué irá á hacer? se preguntaba Flor de Nieve, que le había seguido á distancia y recatándose.

La lluvia empezó á caer, fría y menuda. Flor de Nieve le vió entrar en el bote y alejarse remando, á pesar del embate de las olas cada vez más furiosas.

Era un suicidio salir al mar en noche semejante. La playera le siguió á lo largo de la orilla, agitada y con el cabello en desórden.

Poco á poco se fué internando en el agua sin notarlo; tanto así le preocupaba la muerte del pescador.

El norte aumentaba en violencia. El barquichuelo en que iba Pablo había desaparecido en las tinieblas. De súbito un relámpago desgarró el seno de la tempestad, alumbrando rápidamente la irritacion del golfo. Aquella luz hizo aparecer muy léjos un punto negro, bajo el cual se encrespaban las olas en desórden. Era la barquilla y estaba en el camino de la Escondida, arrecife temible á que lleva una corriente inevitable.

El que entra en ella, es despedazado sin remedio contra las rocas. Flor de Nieve lo sabía y miraba en la bruma aquella muerte.

—¡Pablo!—gritó desesperada—¡Pablo!

El terrible estrépito del trueno contestó aquella voz desfallecida, y todo volvió á quedar sumido en la más espantosa oscuridad; el huracan desplegó toda su furia de gritos y silbidos, y derramaba incendios momentáneos en el espacio.

Quiso huir Flor de Nieve, y no pudo moverse; una parálisis súbita—la agonía del alma—la había clavado como una estatua sobre un peñasco. Muy de vez en cuando se oía muy le-

jano el eco de una cancion cuyas notas arrebatava el viento.

—¡Ah! murmuró la niña temblando, moriremos al mismo tiempo.

El mar crecía.

Flor de Nieve sintió de repente bajo su mano una sensacion extraña, era el último ramillete de flores que Pablo había puesto en su ventana, y que se le había caído del pecho donde lo tenía oculto.

Cuando yano quedaban más que los ojos y la frente de Flor Nieve fuera del agua, la luna se asomó pálida y triste en un giron de la tormenta, y le mandó su último beso.

Todavía ántes que el mar la sepultara completamente, oyó resonar léjos, muy léjos, esta cancion:

¡Ay que no puede cambiar mi suerte!
Mis barcarolas jamás conmueven tu corazon;
Si tu deseas, niña, mi muerte,
Duerme tranquila; pronto las olas
Serán la tumba de mi dolor.

M. Durglay.

DE VUELTA DEL BAILE.

Si te lo tengo dicho,
mas no me escuchas:
niña hermosa, á los bailes
no vayas nunca!
Harto te he dicho
que las flores se dañan
con esos brincos!

Ya veo cómo saliste,
niña, de casa,
limpia como la fuente,
cual nieve blanca:
ya veo cuál vuelves,
roto el traje, perdidas
tus cintas verdes.

Dime ¿y aquel encaje
tan blanco y bello
que pusiste en el traje
sobre tu pecho,
será ese harapo
que roto, ajado y sucio
cuelga de un lado?

Cuántas flores llevabas
en los cabellos
y no ha quedado ni una,
¡Virgen del cielo!
Y tus zapatos,
míralos negros, y eran
de rasó blanco.

Así á su niña hermosa
dijo una madre,
cuando ajada y marchita
volvió del baile.
La hermosa niña
mientras la madre hablaba
nada decía.

Calla, porque la madre
pasa revista
al traje y á las flores;
encaje y cintas;
más nada ha visto
fuera de los destrozos
de su vestido.

No abrió el alma bendita
de su hija cara,
ni leyó los dolores

en su mirada:
ni vió allá dentro
cuál andan de cambiados
los pensamientos.

¡Pobre niña! Su madre
compuso todo
el rasgado vestido,
roto por roto;
cosió las trizas
y aplanchó los encajes
y limpió cintas,

Y cree que como el traje
ya está compuesto,
todo ha vuelto á su estado,
todo está nuevo;
¡pero no ha visto
que hay que coser un pobre
corazoncito!

Esto sacó del baile
la pobre niña,
el alma hecha pedazos
como las cintas.
¡Ah! pero aquella
cual las cintas ajadas
no se renueva.

Y viendo que su madre
no se la atiende,
con agua de sus lágrimas
la baña siempre;
pero las lágrimas,
como agua de volcanes,
quemán, no lavan.

J. M. Vergara y Vergara.

PARA QUE NO SE LES OLVIDE A USTEDES.

(HISTÓRICO.)

I

CORRIA el gran año trágico, el año aquel de 1811 que tras la triste derrota de Calderon, debía ver el sacrificio del inmortal Hidalgo y de sus heroicos compañeros

Era el mes de Marzo. El feroz Calleja, de siniestra fama, había hecho su entrada en San Luis Potosí el día 5 de dicho mes, y como si quisiera probar á los potosinos que no era usurpado el renombre de sanguinario y cruel de que llegó precedido fué su primera determinacion la de mandar fusilar al abogado Trelles y á otros cuatro individuos. Naturalmente la ciudad quedó presa del más profundo terror.

San Luis se hallaba en la época á que me refiero, muy léjos de ser el populoso y cuasi opulento centro comercial de nuestros días. Dábanle fama de rica [y lo había sido en efecto] sus minas, ya entonces bastante decaídas, y más á causa del estado que guardaba la Nueva España. La vida se deslizaba con monótona tristeza llena de sobresalto, y todas las conversaciones no se referian más que á los recientes sucesos de la guerra sin que nadie se atreviese á manifestar opiniones insurgentes.

II

Cierta mañana del dicho mes de Marzo, con gran escándalo de los timoratos habitantes de la consternada ciudad, aparecieron fijados en las paredes unos pasquines manuscritos, en verso, en los que se ponía como trazo de fregar al sanguinario brigadier Siento no recordar más que la primera redondilla, la que trascibo á continuacion, no como un modelo de literatura, sino para que se vea el espíritu que campeaba en toda la *poesía*. Dice así:

*Toda esta calle derecha
He de poner casucuejas
Y les he de hacer la mecha
Con las mechas de Callejas.*

Como digo, el escándalo fué grande, y aunque la mayoría de los potosinos celebraba *in peto* los insultos al brigadier, y admiraba la audacia del autor de los pasquines, todos temían que cayese sobre la ciudad la terrible cólera de aquel.

Terrible fué, en efecto, el enojo de Calleja cuando tuvo noticia de tan inaudito desacato. Pateó y juró como un condenado, y prometió solemnemente que su autor se las había de pagar con cuarta y quinta. La policía recibió orden de arrancas los infames pasquines y de buscar por cielo y tierra al descastado poeta que en mal hora se había atrevido á pulsar la lira, tal vez por inspiracion de Satanás, y peor aun á publicar sus infernales cantos no habiendo, como no había entónces, libertad de imprenta. La policía cumplió con la primera parte del programa, esto es arrancó los pasquines: en cuanto á la segunda ¡buena ha sido y es la policía para descubrir criminales! Debo advertir que la gendarmería á las órdenes del Montero de entónces, que no sé quien sería, se reducía á dos viejos alguaciles ya encorvados bajo el peso de los candelarios, sin más armas que una larga vara emblema de su noble oficio. ¡Dichosostiempos aquellos en que la policía no preocupaba á los pillos, ó en que no había pillos á quienes preocupara la policía!

III

Por la misma época vivía en San Luis Potosí un panadero de apellido Pantoja, hombre de espíritu regocijado y travieso, algo acomodado, y adicto para su capote á la revolucion.

Algun tiempo despues del suceso de los pasquines, y cuando ya nadie—si acaso el vengativo Calleja—se acordaba de ello, Pantoja tuvo que vender una casucha que era de su propiedad y al efecto, fue necesario para tirar la escritura de venta, ocurrir al único notario público que había entónces en aquella ciudad, y de cuyo nombre ni me acuerdo ni quiero acordarme. Se le dieron los datos necesarios, y señaló día para que vendedor y comprador fuesen á firmar el documento.

Debo advertir que al tal notario público, lo mismo que á todos los jefes de oficinas, se les había pasado un ejemplar original del pasquin que tanto había escocido al ilustre brigadier Calleja, con objeto de ver si comparando la letra de la infame produccion poética con la de los memoriales, comunicaciones y demás documentos que aquellos recibiesen, se lograba descubrir al poeta que con tanta modestia había ocultado su nombre y al que con tanto anhelo deseaba conocer Su Excelencia para darle el premio merecido.

Esa circunstancia perdió á Pantoja, que la ignoraba.

El día designado ocurrió con la otra parte á firmar la escritura de venta de su casita, y apenas hubo estampado su firma (nunca el pobre hiciera tal, como dice Moratin) en poco estuvo que el notario no diese un brinco de regocijo.

Marchado que se hubieron, sacó el escribano el ejemplar que del pasquin tenía en su poder, y se puso á comparar detenidamente, no sin haber limpiado antes con todo escrúpulo las enormes gafas, la letra del infame papel con la de la firma puesta al calce de la escritura por Pantoja.

Tan luego como con diabólica satisfaccion se cercioró de que ámbas procedían

de la misma mano, colocó ámbos documentos bajo el brazo, y apresuradamente, no obstante su noble profesion y no ser la actividad su cualidad, se dirigió en busca de Calleja para darle noticia de su grandioso descubrimiento.

Inútil es decir que el desgraciado Pantoja fué mandado aprehender en el acto, y como quisiese negar ser el autor del pasquin, declinando la inmerecida honra que se le hacía al creerlo en tratos con las musas, se le mandó dar quinientos palos; pero no fué necesario llegar al número prescrito, pues á las dos ó tres docenas y cuando la sangre brotaba ya de sus azotadas posas, el infeliz, haciendo modestias á un lado, confesó á voz en cuello ser el deseado autor de la composicion.

Como resultado de su confesion fué sentenciado á sufrir la pena de la horca.

IV

El día designado para la ejecucion del delincuente, la ciudad toda estaba profundamente conmovida y el terror se retrataba en todos los semblantes.

El patíbulo se había levantado en el ángulo N. E. del palacio de Gobierno, y las tropas formaban en el perímetro de la entónces escueta plaza de armas.

Para hacer más eficaz el castigo impuesto á quel desdichado panadero, como escarmiento para todos los que se estaban alucinando con las ideas de independenciam, se dispuso que la ejecucion tuviese lugar á las diez de la mañana, y ¡cosa curiosa y no vista hasta entónces! el maestro de la única escuela entónces existente (bautizado por sus discípulos con el nombre de Tata Pollito) recibió orden de concurrir con todos los alumnos á presenciar la tremenda ejecucion, con objeto de que, grabándose en la memoria de los tiernos niños el terrible castigo que estaba reservado á los abominables criminales que de alguna manera desconociesen la sagrada autoridad del rey, se viesen libres más tarde del pernicioso influjo de las ideas de independenciam que por desgracia habían germinado en el espíritu de súbditos ingratos y desleales.

Cumpliendo con lo mandado, dispuso Tata Pollito que todos los alumnos de la escuela que era bajo su direccion, asistiesen á presenciar la ejecucion cargando grandes cruces de madera, rezando sudarios en desagravió á las ofensas inferidas por el miserable Pantoja á las autoridades divinas y humanas, y por que la justicia Divina le perdonara.

V

A las diez de la mañana el reo, convicto y confeso, despues de haber recibido muy contrito y arrepentido los últimos auxilios espirituales, fué conducido bajo severa custodia al lugar del suplicio, acompañado de dos sacerdotes que le exhortaban á bien morir y á esperar de la Divina Misericordia el perdon de su nefando delito. El delincuente subió al cadalso, el verdugo le echó la cuerda al cuello y le arrojó pendiente de ella al vacío; las manos y los pies del desgraciado se agitaron con las ansias de la muerte; su rostro se amarató, sus ojos salieron de las órbitas y la lengua caía fuera de la boca, negra, horrible. Minutos despues el infeliz panadero-poeta no era más que un cadáver balanceándose al extremo de una soga.

Un silencio espantoso reinaba en la plaza, interrumpido sólo por las plegarias de los sacerdotes.

El pueblo, con el ánimo hondamente conturbado, lleno de espanto y humillacion, fué diseminándose lentamente por las tristes calles de la ciudad.

VI

Y aquí entra lo sabroso del cuento.

Tata Pollito, con todos sus alumnos por delante, cargando sus cruces, rezando sus sudarios, y horriblemente asustados con la tremenda escena que acababan de presenciar, se dirigió sañudo y grave hacia su escuela.

Llegado que hubieron á ella, les formó en dos hileras y con voz terrible les habló en estos términos:

—Ya vieron ustedes, señores, el justo, merecido y tremendo castigo á que se hacen acreedores los que faltan á la majestad sagrada del Rey Nuestro Señor que Dios guarde. Ese fin les espera á todos los que sigan las infernales ideas de los malditos insurgentes á quienes Dios confunda y á los que exterminarán las valientes tropas del invicto y excelentísimo señor brigadier Calleja. Y... ¡para que no se les olvide!... cada uno de ustedes recibirá ¡una docena de azotes!

Y dicho y hecho. Los dos más robustos alumnos de Tata Pollito cargaron uno á uno á todos sus compañeros, quienes con las infantiles y sonrosadas posaderas al aire, entre gritos, sollozos, protestas y pataleos, recibieron la más soberbia azotaina que registran los anales de las escuelas.

Creo por demás decir que todos ellos fueron, muy pocos años despues, ardientes partidarios ó defensores de la independenciam de México.

PAULO COLUNGA.

POESIAS LIBRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINÚA)

EL ULTIMO DE LOS RAVENSWOOD.

(En «La Novia de Lammermoor.»)

Muestra el cielo el color de la arena
En las húmedas playas: el norte
Las olas levanta y azota y en luto
Mar, cielo y ribera te miran acorde.
¡Ay! ¿Qué nubes habrá más sombrías
Que tu frente? ¿En qué mares salobres
El Bóreas, rugiendo, reinó con más furia
Que en tu ánima, Edgardo, contrarias pa-
(siones?)

La nobleza de toda tu estirpe
Bien se mira en tu faz y en tu porte.
¿De qué las hazañas de ilustres abuelos
Al vástago sirven inválido y pobre?
Altas fueron tus miras, y en fuerza
Era el ánimo tuyo cual robie:
Luchando, vencieras; más ¡ay! no pudieron
Por falta de espacio volar tus halcones.
Rota enseña de un bando vencido,
Sin que allegue soldados su mote,
"Aguardo el momento" repites á solas,
Soñando desquites, cebando rencores.

En tu propia heredad, que hoy es suya,
Se estremecen mirando la torre
Que al noble de antaño por lastima dejan,
Sus propios pecheros, hoy ricos y nobles.
Cual las nieblas al sol se deshacen
Y la nieve en las cimas se rompe,
Hallando á una vírgen del campo enemigo,
Se agita y ablanda tu pecho de bronce.
¡Adios sueños de orgullo y combate!
El amor te rindió Los feroces
Instintos guerreros, en dulce esperanza
Convierte y en dicha la tímida jóven.
En la mística fuente le hablaste;
En tu lóbrego alcázar la noche

Pasó con su padre; con ellos persigues
Al ciervo enastado por valles y montes.

Las promesas de amor, el anillo
Que es la joya más rica del orbe,
Cambiasteis, y unidos en vida y en muerte,
Os juzgan el cielo y el mundo conformes.

A otra playa impelió tu barquilla,
Despiadada la suerte, y entónces
Permiten los cielos que en ara profana
Tu dulce cordera sus padres inmolen.

Ya está libre, ya es muerta Lucía,
Flor que agostan escarchas y soles.
Lo sabes, y el mundo contemplas desierto;
Lo sabes, y el hado te niega que llores!

Enlutados el alma y el traje
Como el cielo y el piélago insomne,
Al cinto la espada, tu potro encaminas
Ribera adelante con recio galope.

A combate mortal te ha retado
En la playa, con duros reproches,
Soberbio el hermano de aquella á quien la
[bram]

Demencia y martirio guirnaldas y dote.

Pero Dios, que llamarte á su seno
Y tu mano estrechar se propone,
Te impide á la liza llegar, no permite
Que manche tu diestra la sangre de un hom-
(bre.

En profético anuncio está escrito
Que en la móvil arena te alojes;
Que á un tiempo se extingan tu vida y tu raza
Del mar, que hoy el viento subleva, en los
[bordes.

A ignorado sepulcro, no al duelo,
Del furor y la angustia al azote,
La espada en el cinto y el luto en el alma,
Tu potro encaminas con recio galope.

A su casco la arena cediendo,
En recónditos senos absorbe
Corcel y jinete y acero; promesas
De imperio y venganza; estirpe y blasones.

Y tu airon ha dejado en la playa
Negra pluma del cuervo del bosque,
A tí y á los tuyos aciago apellido...
¡Tu fin esa pluma nos dice y tu nombre!

1890.

(Continuará.)

—[10]—

LA BESTIA HUMANA.

NO en París, en toda Francia no era posible encontrar un corazón más limpio y un carácter más dulce que el del señor Ramon.

Aquel pantalon azul pálido, aquella levita color de castaña, descolorida por los años y abotonada á todas horas, pero dejando ver el cuello y los puños de la camisa, irreprochablemente limpios y brillantes siempre, envolvían el compendio más perfecto de la bondad y la masedumbre.

Desde el director de la compañía; desde el empresario hasta el último de los tramoyistas del teatro de La Gaité, adonde tenía un empleo todos le llamaban papá Ramon, y ni hubo superior que tuviera motivo de reñirle, ni compañero á quien diese ocasion de disgusto.

Papá Ramon vivía para servir á los demás, y á pesar de sus 55 años y de su exterior endeble, porque era de pequeña estatura, tenía resistencia para trabajar todo el día, y no contaba ni con una hora fija siquiera para almorzar; pero en la noche, cuando terminaba la función, papá Ramon recobraba su autonomía y comenzaba á pertenecerse á sí mismo.

Todas las noches, y era ya costumbre inveterada, al salir del teatro entraba en un modesto pero aseado restaurant, ocupaba siempre la misma mesa, á la derecha de la puerta de entrada, y allí, instalándose cómodamente, socaba del bolsillo *El Figaro* del día, y comenzaba la lectura, en tanto

que el criado, que conocía el invariable gusto de papá Ramon, despues de darle las buenas noches, iba colocando uno tras otro los efectos que constituían aquella cena cotidiana.

Papá Ramon no abandonaba el periódico: leía mientras estaba comiendo, ó mejor dicho, comía instintivamente mientras que saboreaba la lectura.

Como el restaurant estaba cerca del teatro, y la calle era de tránsito para el espectáculo, y todo el mundo sabía cuál era el restaurant de papá Ramon, y á qué hora indefectiblemente estaba allí, muchas veces asomaban por la puerta y como espiondo, ya un rostro varonil, ya un grupo de cabezas de mujer, envueltas en sus abrigos, que decían:

—Buenas noches, papá Ramon.

—Buena salud, papá Ramon.

—Que aproveche —y desaparecían en seguida.

Papá Ramon bajaba el periódico y volvía la cabeza, sus ojitos verdes brillaban con luz de satisfaccion, y en todo su rostro se pintaba la alegría; porque aquello era la felicidad para él. Tenía mucho cariño para todos y sentía un verdadero placer con cualquiera muestra de buena correspondencia. Papá Ramon, realmente era bueno, y nada de aquello por su parte era forzado ni singular.

Una noche, en una de las mesas cercanas á la que ocupaba papá Ramon, comían tres personas: tres jóvenes; de ellos, el que parecía el principal, representaba unos treinta años: alto, membrudo, el pecho levantado, ancha la espalda, la cabellera negra y rizada, levantándose sobre las sienes para atrás; un bigote negro y unos labios gruesos, le daban todo el aspecto, aun cuando iba cuidadosamente vestido de etiqueta, de ser uno de esos hombres que se llaman artistas y que en los teatros de tercer orden, ó en las ferias de pueblos, se exhiben haciendo ejercicios de fuerza, rompiendo cadenas, doblándose barras de hierro sobre el brazo ó jugando con balas de cañon: además se le conocía una educacion poco esmerada; reía brutalmente; habla alto, decía palabras inconvenientes; reñía por todo á los criados y encontraba malo todo cuanto le presentaban, lo mismo el vino que la comida. Sus compañeros, que eran una especie de parásitos ó aduladores, le llamaban familiarmente Armando. Escuchaban con atencion todas sus tonterías y celebraban todos sus chistes de mal gusto.

Debió llamarles la atencion el vecino que leía tranquilamente *El Figaro*, porque le miraban, cuchicheaban y se reían evidentemente de él.

Así llegaron hasta la hora en que papá Ramon tomaba su café: el hércules, quizá excitado porque había comido fuerte, tomó un pequeño pedazo de pan, y procurando disimular el movimiento, lo lanzó sobre papá Ramon. Este pareció no haberlo notado; pasó un rato, y los compañeros de Armando, alentados por el ejemplo, comenzaron á tirar á papá Ramon bolitas de migá ó fragmentos de cáscara de nuez. El primer proyectil que rodó sobre el periódico, hizo levantar la cabeza á papá Ramon, que no comprendiendo que era aquello, supuso, sin duda, que sería una piedrecilla desprendida del techo. Cuando ya se hizo cargo de que alguien le tiraba, volvió el rostro sonriéndose, y creyendo encontrar la alegre cara de un amigo que trataba de llamarle la atencion con la confianza del cariño, se encontró no más con aquellos tres comensales que agachaban las cabezas, reían burlescamente y le miraban de soslayo.

Entónces conoció papá Ramon que era

víctima de aquellos hombres. No se incomodó, pero procuró terminar cuanto ántes, para retirarse.

A grandes sorbos apuró la taza de café; dobló la servilleta, la metió en el anillo de metal, y luego clavó el anillo en el gollete de su botella de vino. Plegó cuidadosamente el periódico, y más bien como quien escapa de las travesuras de unos niños que como quien se separa disgustado y huyendo de gentes de mala educacion, se preparaba á tomar ya su sombrero, cuando le hércules, alentado sin duda, por aquella retirada, lanzó una nuez, que por la combinacion de los movimientos de papá Ramon, llegó á herirle en la boca y le hizo brotar sangre.

Entónces pasó una cosa terrible. Con una rapidez, con una energía y con un acierto que nadie podría esperar, papá Ramon cogió la botella de vino y la arrojó con toda su fuerza. La botella fué á estrellarse en la frente de Armando, bañándole el rostro y el pecho, primero de vino y despues de sangre.

Derribando la mesa el hércules, ciego y vacilante por el dolor, por la ira y quizá por al conmocion cerebral y con las manos crispadas, se levantó, pero ántes de que hubiera podido avanzar, ya papá Ramon, lívido, desencajado, con un reflejo verde y brillante en los ojos y con la respiracion agitada estaba cerca de él y sirviéndose como de una maza de uno de esos sifones que contienen aguas gaseosas, descargó un segundo golpe, todavía más terrible, sobre la cabeza de Armando.

El hombre lanzó un grito sordo: batió el aire con los brazos y cayó de espaldas.

Pero como si su cuerpo hubiera ejercido una atraccion irresistible sobre papá Ramon, se arrojó éste tambien instantáneamente sobre su enemigo y comenzó á golpearle con furor en la cabeza, en la cara, en el cuello, en el pecho, con los pedazos de cristal, con los fragmentos de la porcelana, con todo lo que podía encontrar.

El hércules tuvo al principio algunos movimientos convulsivos, y despues quedó inerte; y mientras, papá Ramon seguía golpeando, hiriendo, destrozando: bramaba, rugía, silbaba como la serpiente; ya no era un hombre, Papá Ramon había desaparecido; era un tigre sediento de sangre; e a un gorila feroz, encarnizado: era el niño que goza en hacer pedazos el más preciado de sus juguetes.

Todas esas capas de barniz que en mil generaciones han ido colocando como extratificacion y á fuerza de años para formar una envoltura, dentro de la cual pueda vivir oculta é inofensiva la *bestia humana* en el siglo XIX, se hicieron pedazos en ménos de cinco minutos, y había surgido la fiera que duerme olvidada en cada uno de los hombres, que oculta su vida latente, quizá en lo más profundo y misterioso de las circunvoluciones cerebrales, y que muchas veces se yergue y se asoma terrible, prestando á los músculos fuerza y elasticidad irresistible; al cerebro, sus instintos y sus vértigos salvajes, y á todo el organismo sus energías y sus paroxismos incomprendibles.

La señora del *comptoir* gritaba; los amigos de Armando, aterrados, pegados al muro, no se habían atrevido á moverse; la policía no tardó y su primer intento fué separar á papá Ramon de su enemigo; pero costó enorme trabajo, y cuando lo arrancaron de allí levantó entre sus crispadas manos sangrientos mechones de pelo de su adversario. El hércules estaba muerto; con uno de los cristales le había dividido papá Ramon la yugular; la cara era una masa

nforme de sangre, de carne, de pedazos de cristal y de fragmentos de porcelana.

Papá Ramon, todavía entre los brazos de los gendarmes, pugnaba por lanzarse sobre su enemigo; pero repentinamente echó la cabeza, trémula y confusa, hacia atrás; sus ojos se abrieron espantosamente y como si fueran á salirse de las órbitas; torcióse su boca, haciendo una mueca horrible, lanzó un grito estridente y se desplomó, rebotando en el pavimento su cabeza; pero al caer saltaron los botones de la levita, y escapando del bolsillo del pecho, sin una mancha de sangre y cuidadosamente doblado, quedó sobre el brazo del cadáver el periódico que diez minutos ántes leía con tanta tranquilidad y tanto gusto el pobre de papá Ramon.

EL GENERAL RIVA PALACIO.

† (o) †

CONTEPLACIONES.

XIV

¡Duerme!... Remedo fiel del cuerpo muerto, yace el viviente cuerpo, inmóvil y lácido, sobre el mullido lecho en que rendido, el hombre busca el habitual descanso....

¡Duerme!.... pero sus labios se contraen cual suelen contraerse de ordinario, cuando tiene á la vista algún objeto que le causa placer si está velando....

¡Duerme!.... pero su seno se levanta cual se levanta henchido y agitado, siempre que la pasión mueve las fibras de su sér, los afectos despertando....

¡Duerme!.... pero á sus ojos una lágrima indiscreta se asoma, dando paso á muchas otras que en silencio corren descubriendo un dolor mal recatado....

¡Duerme!.... pero la mano lleva al pecho igual que si quisiera refrenarlo, cual si aquellos latidos poderosos su prision estuviesen violentando....

¡Duerme!... pero no obstante, frunce el ceño como aquel que despierto, está empeñado en la lucha tenaz con una idea que en el doliente sér causa hondo estrago..

¡Duerme!.... y mejor parece que despierto, con ímpetu y vigor extraordinario, viviendo está con redoblado aliento en una hora la vida de mil años.....

¿Qué ve, si están sus ojos bien cerrados?..

¿Qué siente, si el cerebro está inactivo?....

¿En qué mundo se agita el sér sensible, cuando para el REAL está dormido?....

¿Qué impresiones conmueven los resortes cuando en letargo yace el organismo, y cómo puede apellidar el hombre, con la apariencia y la verdad reñido, DESCANSO, á la batalla que revelan muy á las claras los citados signos?....

¡Bueno el descanso está, si en angustioso y en aparente, aterrador quietismo, sigue luchando el hombre cuando duerme, con los séres del mundo conocido, desfigurados en su traza y formas cual desfiguran los impuros vidrios cuando sirven de espejos, no dejando de la forma real, más que vestigios!

¡Duerme!... pero.... ¿es posible? claramente y en série articulada, los sonidos de sus lábios se escapan.... está hablando con otro sér muy familiar é íntimo.....

Grave secreto á la mentida forma indiscreto revela.... en el abismo se precipita el infeliz durmiente, cuando á sér de sí dueño, en el suplicio logran consumirle ántes que hacerle descubrir el arcano!... ¿Dó se ha ido su voluntad? ¡Por qué confiado y ciego vagando en otro mundo de ESPERJISMOS, habla, siente, se mueve, y oye y mira mientras por otra parte da al olvido que puede haber quien como yo, sorprenda un secreto tan grave cuanto íntimo!.....

Dormir... y ¿qué es dormir?... hondo secreto que no puede sondear la ciencia humana....

Será tal vez, vivir en otra esfera de la que el ALMA vino desterrada, y á la que vuelve á intervalos gozosa mientras que duerme la corpórea máquina... y serán esos signos de la vida

que en el sueño observamos, y esas ansias, REFLEJOS nada más desordenados, que del cerebro SIN TIMON, se escapan, cual se escapa el vapor si abierta encuentra de tiempo en tiempo, en su prision la válvula?..

¿Será tal vez, que el hombre, acostumbrado al fingimiento, en la mundana farsa, lleva cuando despierto, sobre el rostro, eternamente, mentirosa máscara, y cuando duerme el NATURAL recobra, y se muestra cual es, y asoma el alma, no como el mundo la forjó á su antojo, sino cual es en sí, pérfida ó cándida?.....

¿Será tal vez, un verdadero sueño, eterna y agitada pesadilla, la vida mundanal, en el estado que llamamos nosotros la VIGILIA,.... y la vida REAL por el contrario, la del alma que á trechos se emancipa, y vuelve á las regiones en que libre de mezquina ambición y de rencillas, se agita en una atmósfera más pura y el vuelo tiende sin corpóreas ligas?....

¡Solo Aquel que engendrara el doble aspecto de este misterio que llamamos VIDA, puede saber de entrambos enseñarnos el anverso y reverso!.... Mientras viva el hombre no sabrá si está soñando cuando imagina estar en la vigilia, ó al contrario, la vida verdadera es la que como sueño se imagina!

¡Despierto sueña, sin saberlo, el hombre... Dormido, vive sin sentir la vida, y en completa ignorancia de sí mismo, no conoce ni el medio en que se agita, ni sabe discernir en su miseria, dónde está la verdad ni la mentira!

Tacubaya, Enero 23 de 1897.

JUAN N. GORDERO.

DE PADRES A HIJOS.

(Tradición barcelonesa)

ESTA tradición es un caso verdadero, en el cual intervino una persona de mi familia.

Era durante el reinado de Carlos III

Muy diferente se presentaba entonces la buena ciudad de Barcelona, la cual quedaba fuera de la ciudad antigua, separada de ella por la puerta llamada de Santa Eulalia, que se abría á la entrada de la calle de la Boquería, junto á una capilla dedicada á la Santa barcelonesa. Esta formaba esquina á la izquierda de la expresada calle, coronando el arco de la puerta dicha una casita en la cual moraba, aborrecido y deshonorado el ejecutor de la justicia del Rey.

Una doble hilera de olmos y sauces llorones formaba el paseo de la Rambla, que no era otra cosa que un terraplen, y como á veces crecía la yerba en su centro, las cabras que abastecían de leche á la ciudad pastaban allí.

El llano de la Boquería servía de plaza de mercado, en donde se vendían la volatería y caza, y en ámbos arroyos de la Rambla se vendían la fruta y verdura. desde el expresado Llano de la Boquería hasta la iglesia de Belen, estando situadas cerca del edificio llamado la casa de la Virreina, que aun subsiste, las mesas de vender carne y la pescadería....

Era, como dije, en el reinado de Carlos III, y en una tarde de verano, entre

tres y cuatro, un hombre joven salía de la vetusta puerta de Santa Eulalia, y atravesaba el Llano de la Boquería dirigiéndose hacia la calle del Hospital.

El joven llevaba á cuestas á un anciano; y al llegar á la entrada de la expresada calle, la fatiga lo obligó á detenerse y á sentar al pobre viejo en el guarda-ruedas que á falta de aceras había en la esquina.

Al sentarse el anciano fué tanto el sentimiento que experimentó, que se puso á llorar á gritos, lo cual llamó la atención de una mujer joven que estaba en la tienda de la casa á cuya esquina se había sentado el pobre viejo.

—¿Qué os sucede, buen hombre? preguntó la mujer, y dándole la mano le obligó á entrar en la tienda y á sentarse en una silla, añadiendo: ¿Por qué llorais así?

—¡Ay! señora, dijo el pobre viejo sin poder consolarse. Lloro y tengo razón para ello. Este joven es mi hijo y me conduce al hospital, pues me encuentro enfermo y en casa no hay recursos; pero esto no es lo peor. Hace años, señora, que yo era un joven como lo es mi hijo, y como él estaba también falto de recursos. Mi padre enfermó también, y le conduje al hospital; pero ha querido la Providencia que cansado mi hijo me sentara en esta piedra, en donde senté á mi padre cuando le llevé á aquel benéfico asilo, y al verme en este lugar lo he recordado todo, pues mi padre también lloraba y me pedía le volviese á casa.

"No tengo recursos, le contesté yo. Soy pobre: en casa no hay más que miseria," y volví á cargarme con mi padre, le dejé en el hospital, en donde murió, más de sentimiento y pesar de verse separado de la familia que de la enfermedad que le aquejaba.

"Hoy, buena señora, mi hijo me conduce al hospital, en donde moriré como mi padre; pero lo tengo merecido, pues no tuve piedad de las lágrimas de mi padre, ni quise escuchar sus ruegos."

—No ireis al hospital, padre mío, gritó el joven rompiendo á llorar. Volveremos á casa. Venderé hasta los clavos de las paredes y la camisa que traigo puesta.

Soy casado, tengo hijos, y no quiero que un día un hijo mío me conduzca al hospital. Vámonos, padre, vámonos; pediré por vos limosna, y no morireis en el hospital, aunque deba yo morir de hambre con mi mujer y mis hijos por añadidura.

Y cargándose con su padre, el joven se dirigió hácia su casa, pero la mujer de la tienda le preguntó las señas de su pobre habitación, y cuando el joven hubo partido, contó la buena señora á su familia y á sus vecinos el caso que ella acababa de presenciar.

Entonces en Barcelona cada calle se puede decir formaba una familia, se socorrían mutuamente en caso de necesidad, todos participaban de las penas y alegrías de sus vecinos, tomando parte en las obras de caridad que se iniciaban en el barrio; así es que al saber el caso sucedido se pasó un guante por toda la calle del Hospital hasta el Padró, y se llevaron socorros á casa del pobre enfermo.

El anciano, cuya principal dolencia era la debilidad, fué recobrando poco á poco la salud.

Una persona caritativa proporcionó trabajo al hijo, de cuyo recurso carecía. Entonces no hubo apuros, y la familia siguió de bien á mejor.

La industria barcelonesa empezó á tomar vuelo, y el hijo del anciano de pobre bracero se trocó en industrial.

Cuando el hombre gana el primer dinero á fuerza de su trabajo, lo demás ya viene por sí solo. Así es que la fortuna so-

pló con buen viento á la familia, y cuando más tarde en edad avanzada el anciano murió, en lugar de dar su último aliento en la pobre cama del hospital, falleció rodeado de sus descendientes en un magnífico lecho con cortinajes de seda.

La familia prosperó, y fué una de las conocidas de nuestra ciudad, y no hace muchos años que el último descendiente bajó al sepulcro, siendo llorado de todos cuantos nos honramos con su amistad.

Barcelona ha cambiado completamente. La ciudad se ha embellecido, siendo hoy la primera de España.

Nada existe, se puede decir, salvo los edificios religiosos y unos pocos civiles, del reinado de Carlos III; pero los antiguos barceloneses conservamos en nuestros hogares las tradiciones de la familia, pues tradición de familia es la que acabo de relatar, por que la caritativa mujer que consoló al pobre viejo que conducian al hospital fué mi bisabuela.

De ella aprendieron mis abuelos y mis padres esta historia, y como nosotros la repetimos á nuestros hijos y á nuestros nietos, se puede decir que es tradición de padres á hijos.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

Del nuevo libro de "Versos"

DE
FEDERICO BALART.

Preludio

Quando desde la senda que triste huella
Miro al cielo tendido de monte á monte, —
Dándome, ya su sombra, ya su destello,
Nubes y astros alternan en mi horizonte;
Y, ora en el cielo el astro descuelle altivo,
Ora la nube al suelo dé oscura alfombra,
Ni el astro ni la nube jamás esquivo,
Y, según el influjo que así recibo,
Vestidos van mis versos de luz ó sombra;
Pero, aunque en las tinieblas duelos incube
La miserable vida que humilde arrastro,
Sé que si al astro á veces vela la nube,
Sobre la nube siempre destella el astro.
Por eso, en la tormenta y en la bonanza,
Los ásperos escollos del mal evito:
Siempre en los cielos pongo mi confianza;
Siempre eres tú mi norte, noble Esperanza.
¡Y hartos en mi derrotero te necesito!
Mis intenciones fallan, aun siendo puras;
Luchando con la suerte voy brazo á brazo;
Y, completas en todo mis desventuras,
A mis venturas siempre falta un pedazo.
▲ Las densas tinieblas hechos mis ojos,
Con la luz de la dicha tal vez me ofusco;
Los pies en sangre llevo tintos y rojos,
Y, avezadas mis manos á los abrojos,
Para tejer el nido, la zarza busco.
No insensato deploro, con queja vana,
Como excepcion injusta la suerte mía:
El dolor es la prueba del alma humana;
Sin él, virtud no hubiera. No — ¡Ni poesía!
Homero, Dante, Tasso, Milton, Cervantes
El azote probaron de la Fortuna;
Hoy sus nietos sufrimos lo que ellos ántes;
Y, pigmeos nosotros, y ellos gigantes,
Con tamaño distinto, la esencia es una.
Cerrad, cerrad el libro de mis canciones
Los que de novedades sintáis capricho;
Para quien no disfraza sus emociones,
En materia tan vieja todo está dicho.
Hoy brillan las auroras como brillaban,
Y rugen las tormentas como rugían,
Y las águilas vuelan como volaban
Y brotan los laureles como brotaban
Quando á Dante y á Homero la sien ceñían.
Nunca herirá las fibras del sentimiento
Quien pasiones ficticias darnos intente,
Miserable hojarasca que barre el viento:
Lo que nadie ha sentido nadie lo siente.
En cambio, la poesía fiel y espontánea
Que sinceros afectos celebra ó llora,
De todas las naciones es conterránea,

Y es de todos los siglos contemporánea
Y es de todas las almas consoladora.
Y, aunque pasiones varias tal vez la animen
Con expresion suprema del sentimiento,
Sus huellas en el alma mejor se imprimen
Quando el amor le infunde fuerza y aliento.
Es amor, á mis años, flor inverniza
Sin el matiz ardiente de la amapola;
Pero, aun seca y estéril, aromatiza
Las páginas del libro donde desliza
Un pétalo caído de su corola.
No es aluvion venido de la montaña,
Que chozas y cosechas arrastra al río;
Es lluvia bienhechora que al campo baña
Con sus gotas menudas como el rocío.
No es repentino rayo que se atropella
Y espesuras y mieses raudo aniquila:
Es fanal que, en la sombra, puro destella;
Lo que ayer dió en las nubes ígnea centella,
Ya en cristalina bomba da luz taanquila:
Luz que de toda niebla desgarró el velo;
Luz que el miedo, y la duda, y el mal destierra;
Luz que su ardiente foco tiene en el cielo,
Y apacible su rayo vierte en la tierra
Universal afecto, tierno cariño
Que de amor, á hurtadillas, usurpa el nombre,
Es pasión impoluta como el armiño:
Es el amor que tiene la madre al niño,
Es el amor que Cristo consagró al hombre.
Por él, la mar tranquila de mi conciencia
Con las brumas del odio nunca se empaña;
Por él aunque me engañe mi inteligencia,
Mi corazón sencillo nunca me engaña;
Por él, aunque el recuerdo del bien lejano
Que me robó la muerte conservó fijo,
Miro ya como propio todo lo humano;
Por él, en cada viejo veo un hermano;
Por él, en cada joven abrazo un hijo;
Por él en la tormenta y en la bonanza,
Siempre hacia las regiones del bien navego;
Siempre eres tú mi norte, noble Esperanza;
Siempre á tí, Piedad santa, la vela entrego;
Y, por él, aunque en sombras su duelo incube
La miserable vida que humilde arrastro,
Quando mi amarga pena más alto sube
Sé que, si al astro á veces vela la nube,
Sobre la nube siempre destella el astro.

VISION.

Por los ámbitos lóbregos de un sueño
Vi cruzar un fantasma peregrino
Que, envuelto en nube de fulgor divino,
Me llamaba mirándome risueño.
Seguirle quise con ardiente empeño,
Facinado, y extático y sin tino;
Pero, al tocar su manto purpurino,
Veloz huyó, mirándome con ceño.
Sentido de su rápida mudanza, —
«¿Por qué — dije — te places en mi daño?»
Y él, al desvanecerse en lontananza,
"Yo soy — me dijo con semblante hurafío —
Para quien no me logra, la Esperanza;
Para quien me consigue, el desengaño."

MI PRIMERA QUIEBRA.

I

¡Oh recuerdos, y encantos y alegrías
De mis pasados días.....
¡Oh gratos sueños de color de rosa!...
¡Volved, volved á mí!.....

Desesperado y triste, con el alma deshecha de dolor, y sintiendo en mi corazón el frío del desengaño; con la monotonía con que lo abría hecho un muñeco de cuerda, y con la indiferencia que inspira el porvenir, cuando en medio del océano de las ilusiones ruje la borrasca, é iluminando súbitamente esa inmensidad, le descubre á uno que todo es mentira en este mundo, todo falso, todo fingido, repetía yo esos dulcísimos versos de Núñez de Arce, al recordar las horas que habia pasado confiado en el amor de María, creyendo, como inexperto principiante, que el cariño de las mujeres sería eterno, como ellas lo dicen... Y con los ojos del alma fijos en lo porvenir, dejaba volar mi fantasía, ha-

ciendo desfilas en mi mente los "gratos sueños de color de rosa" que mi fogoso corazón habia alimentado durante tanto tiempo..... Repetía sin cesar y casi inconscientemente esos versos, convencido de que la única esperanza que podía abrigar en aquella noche del 16 de Enero, de calmar mi inquietud y devolver á mi sér la perdida calma, estribaba en no acordarme del presente, sino en concentrar toda mi atención en los días que pocos momentos ántes habian concluido para mí... tal vez para no volver nunca.

Sinceramente avergonzado de haber creído ciertas las solemnes promesas de amor que recibía, á pesar de las advertencias de mis amigos, que procuraban hacerme ver la luz, lamentaba mi ceguera, y hondamente ofendido, me prometía no volver á amar nunca....

II

Al recordar las innumerables protestas de "amor imperecedero" que la ingrata que en esa noche habia arrojado sobre mí todo su desprecio, me hacía en sus cartas, la más grande indignacion oprimía mi alma, y jurando vengarme, resolvía una y mil veces no pedir explicaciones, así como ella no se habia dignado dármelas.

Y á fuerza de pensar en mi desgracia, á medida que las horas más felices de mi vida se me presentaban tan frescas como el aire que besaba mi frente acalorada, y que á los más súbitos arranques de ira, seguían otros de infinita ternura, que me hacían derramar lágrimas, despues de sufrir lo indecible y de gozar como los viejos, con mis recuerdos, esas encontradas emociones se resolvían, muy á mi pesar, en un sólo sentimiento, inmenso como el espacio, lúgubre como la luz de un cirio: despues de llorar y maldecir, despues de luchar contra mi amor y contra mi orgullo, mi alma caía rendida y un solo sentimiento embargaba mi ánimo: la más profunda tristeza.

¡Tristeza, sí, al pensar que dentro de pocos momentos, todas las cartas en que habia vaciado, por decirlo así mi alma entera, ofreciéndola á María tal como se la ofrezco á Dios, estarían en mi poder, y rotos los lazos que me unían á ella!

III

¿En cuánto tiempo pensé todo esto?... ¡Preguntadlo á la luna, que á pesar de su poesía, en esos momentos iluminaba el sendero por donde iba yo, no para inspirarme pensamientos de sentimentalismo, sino para acrecentar mi pena, haciéndome estremecer de dolor á medida que me acercaba á la casa de María!

Por fin, llegué á su balcon, donde ella me esperaba ántes: silbé, y en seguida salió la ingrata con un paquete de cartas en la mano: ¡las mías! Cogilas todo tembloroso, y embargado por la pena, sólo acerté á decir con entrecortada voz: "Desde hoy somos desconocidos; tú has deseado ésto, y como hemos convenido en que nuestro primer disgusto ha de ser eterno... ¡no esperes que algun día venga yo á contentarte!... ¡Adios, María!... — Está bueno, — contestó ella; y cerrando el balcon, me dejó en lo más horrenda profandad de alma... ¡Oh! lanzando una carcajada de loco, pues la estaba de tristeza, y sin embargo reía, me alejé de ese lugar..."

IV

Ahora que leo las cartas que le escribí á María, entre todas, ha llamado mi atención una, por las proféticas frases con que termina:

"Estoy convencido, — dice — de que tu amor es verdadero, pero como el corazón humano es voluble, podría ser que me ol-

vidaras; si esto sucediera, me resignaría á sufrir tu desprecio; pero en silencio seguiría amándote más y más cada día. ¡Quiera Dios que jamás olvides á tu

JUAN!

V

Lo anterior se ha cumplido; ella me ha despreciado, quizá ame á otro; ha pisoteado su amor: el mío está incólume, y á pesar de su negra ingratitud, cada día que pase, crecerá y arraigará más en mi corazón.....

¡Quién pudiera no amar!....

J. R. P.

FABÜLA.

Cuentan de Fabio que un día

—Es plagio de Calderon—

Se engulló de un atracon

Toda la filosofía.

Y tan sabio se creía,

Y tan vanidoso hablaba

Cuando su saber mostraba,

Que al juzgarse sabio él solo,

Desde el Ecuador al Polo

Sólo ignorantes hallaba.

Enfermó y al espirar,

Aun siendo trance tan fuerte,

Ocurriósele á la muerte

Con el moribundo hablar;

Y habló el sabio, y á pesar

De su profundo sentir,

Hubo al fin de convenir,

Y confesar, y entender,

Que aún le faltaba saber....

Una bicocal... MORIR!

—(o):(o):(o)—

Leyendas y tradiciones queretanas

POR ALTER.

XLVI

[LA COMUNION GENERAL.

TODAVIA por los años de 59 y 60 de este siglo, existía en esta ciudad una muy piadosa costumbre, que si bien es cierto que todavía existe, pero apenas es una sombra de lo que fué.

En cada una de las parroquias había una hermandad ó cofradía llamada Cocheros del Santísimo, compuesta de personas decentes, quienes no sólo se dedicaban á sostener el culto con sus donativos, sino que personalmente y por turno, les tocaba conducir la estufa ó coche, siempre que salía el viático para los enfermos.

Había otra hermandad llamada Hermanos del Santísimo, los cuales acompañaban al Divinísimo Señor, con ceras encendidas y cantando alabanzas, siempre que era necesario.

Una tercera corporacion se titulaba de faroleros, los cuales no sólo en este caso, sino en cualesquiera otra procesion, tomaban parte dando lustre con sus faroles encendidos más ó menos artísticos y de figuras caprichosas.

Cada año el Señor Cura señalaba de antemano un día para la procesion de la Comunion General, en la cual ministraba el Sagrado Viático á todos los enfermos de su parroquia.

Desde la víspera salía el convite con música recorriendo la estacion y repartiéndole invitaciones á fin de que se aseasen y adornasen las calles con el mayor esmero.

El día fijado (que lo era en la parroquia del Sagrario en la Pascua del Espíritu Santo) á los ocho de la mañana se da-

ba el último repique á vuelo y acto continuo salía la procesion bajo el tenor siguiente: rompían la marcha los monaguillos con cruz alta y ciriales; los campaneros, uno de cada parroquia y algunas veces dos, conduciendo grandes campanillas de mano, elegantemente adornadas (que en esto echaban el resto los sacristanes) tocándolas pausadamente; en seguida jóvenes de ámbos sexos representando personajes bíblicos, una comitiva de niños con trajes de indígenas cargados con huacales llenos de pollos, cestos de pan, sopas, huevos, frutas y otras viandas y cuyos donativos se iban repartiendo entre los enfermos; luego la hermandad de cocheros decentemente vestidos llevando sus escudos sobre el corazon y grandes escapularios del Santísimo que cubrían el pecho y espaldas, todos con cera ardiendo.

Se me pasaba hacer referencia de la mesa de altar que iba trás los ciriales y la cual era conducida de trecho en trecho por uno de los hermanos; y la cual cuajada de elegantes adornos estaba sumamente pesada, y de aquí que periódicamente se remudaban los conductores. Seguían los hermanos del Santísimo cantando alabanzas y rezando por toda la estacion; luego la estufa no ménos elegante, en la cual iba el Señor Cura acompañado de otro sacerdote conduciendo el Copon con las Sagradas Formas, y dos acólitos con sus linternillas de plata sostenidas sobre las portezuelas y detrás la música de viento y la muchedumbre que acompañaba la procesion.

Desde el lugar donde iba la mesa de altar hasta el coche, era una hilera de faroles por cada lado que daba más realce á la procesion.

En esta solemnidad tambien los cocheros se turnaban en la conduccion de la estufa, la cual iba despacio.

Toda la estacion era adornada elegantemente con arcos, colgaduras y cortinas, cubierto el pavimento de flores. En algunas calles al pasar la procesion se abrían grandes granadas de carton muy vistosas, mediante cierto mecanismo, arrojando fruta, dulces, flores y papilitos de colores, y algunas veces se veía en el centro una blanca paloma abierta de alas, simulando el Espíritu Santo.

Por toda la estacion era recibida la procesion con salvas de cohetes, y se arrojaban de los balcones y ventanas multitud de flores y versitos alusivos á la fiesta, en papel picado de todos colores.

Este día era de grande regocijo para todo el barrio, y desde muy temprano se notaba la animacion de todos en lo solicito que cada cual trataba de adornar su casa tanto en el muro como por lo alto, y asear el pavimento.

Ya tarde entraba la procesion que concluía con el depósito de las Sagradas Formas, lo cual era anunciado con otro repique á vuelo y nutrida salva de cohetes.

Desde el año de 61; en que debido á las leyes de Reforma concluyó todo este esplendor, apenas si es permitido que salga el coche á las volandas; y eso, sin que se aperciba el pueblo de lo que se trata; y hemos tenido tiempos todavía más críticos en sentido religioso.

Pero tal vez no esté léjos el día en que volvamos á presenciar aquellas santas costumbres, lustre de nuestra católica ciudad.

COPLAS.

Conociéndote, te quise,
por eso no tengo pena;

yo soy el raton que ha entrado
por gusto en la ratonera.

Un reloj tiene Paco
digno de verse:
ayer al medio día
daba las trece.

M del Palacio

LA CRUZ DEL CRISTIANO.

I

MI CRUZ DE HOY.

Si no tengo hoy una cruz, no adelantaré nada para el cielo.

Una cruz, es decir, *todo lo que turba nuestra quietud*, es el *aguijon* que estimula, y sin el cual permaneceríamos estacionarios, recibiendo todo el polvo del camino y tal vez sumiéndonos poco á poco en el mal.

Una cruz es el resorte que nos empuja hácia adelante, á pesar de nuestra apatía y nuestra resistencia.

Permanecer tranquilo donde se está, en ese nido que todos nuestros esfuerzos tienden á llenar de pluma, es un dulce bienestar; pero *estar bien* y *permanecer tranquilo* no es el destino de un cristiano; él debe subir y subir por un áspero sendero.

¡Desgraciado el que no tiene una cruz todos los días! ¡Desgraciado el que se revuelve contra ella!

II

¿CUÁL ES MI CRUZ DE HOY?

Es esa persona que la Providencia ha puesto á mi lado, y á quien *no amo*, que *me humilla* constantemente con su aire desdénoso; que me fastidia por su pesadez en el trabajo que me acompaña; que me *vuelve celoso* porque es más estimada y logra mejor éxito que yo; que me *irrita* con su charla, con su ligereza y hasta con los cumplidos que usa conmigo.

Es aquella persona á quien supongo, por algunos vagos indicios, que está malquistada conmigo; que, segun las afirmaciones de mi imaginacion exaltada, me *vigila*, me *critica* y me *pone en ridiculo*. Ella esta allí, siempre allí: ... Todos mis esfuerzos por alejarla ó por alejarme de ella son infructuosos; parece que un poder misterioso la multiplica delante de mis miradas.

Esa es mi cruz más pesada, junto á la cual son poca cosa las demás.

Los sucesos cambian, las tentaciones disminuyen y las posiciones se mejoran, el mal se hace soportable por la costumbre; pero las personas que nos *disgustan* nos irritan cada día más.

III

CÓMO HE DE CONDUCIRME CON MI CRUZ DE HOY.

No manifestar de ningun modo ni el fastidio, ni el disgusto, ni la repulsion involuntaria que me causa su presencia.

Obligarme á hacerle algunos servicios. Poco importa que ella no lo sepa; ese es un secreto entre Dios y yo.

Decir, casi todos los días, algo bueno de su carácter, de su talento, de sus virtudes, de su habilidad... algo hay en ella de *todo esto*

Rogar seriamente por su alma, y llegar hasta pedir á Dios que me la conserve y que yo la ame.

¡Oh querida compañera, mensajera bendita de la misericordia de Dios, tú tienes, sin saberlo, la misión de *santificarme* y yo no había de estarte reconocido!

Angel, espantoso y rudo en lo exterior, á quien debo el no caer en faltas humillantes; tú, á quien mi naturaleza rechaza y desdén. ¡oh cuánto te ama mi corazon!